

Andrés Bilbao

**Individuo y orden social.
La emergencia del individuo
y la transición a la sociología**

(Madrid, Ediciones Sequitur, 2007)

El origen inmediato de *Individuo y orden social* está en una memoria para una oposición a una cátedra de sociología, si bien tan prosaica circunstancia funciona fundamentalmente como coartada para una exposición en la que se trata de dar cuenta de los problemas y las insuficiencias de la sociología como disciplina académica.

Se trataría de poner sobre la mesa qué es la sociología como saber «enseñable», como un *corpus* que merece ser transmitido a nuevas generaciones de aprendices de sociólogos; pero el empeño aparece enseguida como problemático: «Se puede, pues, caracterizar un objeto (las relaciones individuo-orden social) y un método (cómo abordar esas relaciones), pero *ambos son figuras en permanente construcción y así han llegado a nuestros días, con contornos siempre problemáticos*. La sociología está lejos de la imagen de un saber que se objetiva a medida que se desarrolla un cuerpo compartido de técnicas, instrumentos y lenguajes» (p. 1).

Esta constatación ha llegado a ser un lugar común en la «comunidad de los sociólogos», y lo relevante en el planteamiento de Bilbao no es el diagnóstico del problema, sino el camino elegido para solventarlo o, al menos, contribuir a hacerlo comprensible. Ante la diversidad de enfo-

ques y entramados conceptuales que pueblan la sociología contemporánea, y descartadas tanto las síntesis abstractas entre planteamientos dispares como las modas, Andrés Bilbao recurre a la tradición común que está detrás de las distintas escuelas. Se trata, pues, de recuperar las discusiones, los problemas y las líneas argumentales que están presentes en esa tradición y en la sociedad que los alumbró, la modernidad europea. Y esta opción por la tradición, muy poco común por lo demás, incluso entre quienes se dedican a la teoría sociológica, no tiene solamente el objetivo didáctico antes señalado, sino que, según dice escuetamente Bilbao, se le plantea «a todo aquel para quien el pensamiento anterior no es un mero objeto de erudición» (p. 2).

La tesis central, que funciona como motor de la argumentación, es el paso de una explicación del orden social por la naturaleza del individuo a una explicación inversa, que muestra la subsunción del individuo en un mundo de relaciones sociales cosificado. Un proceso que va a suceder en el mundo real y en el mundo de la teoría. Marx frente a la economía política clásica y Weber frente al marginalismo ofrecen análisis que explican cómo eso sucede así y cómo podría ser de otro modo.

El camino seguido arranca en el siglo xvii con la emergencia del individuo. Es el individuo «pedazo de la naturaleza» el protagonista, para quien la razón no es el principio rector que explica sus acciones, sino un instrumento al servicio de sus impulsos y pasiones. El problema que se plantea desde esta configuración es el problema del orden social; cómo individuos egoístas construyen una sociedad viable.

Pero el armazón conceptual de los grandes sistemas filosóficos del xvii tiene un origen mucho más remoto. En la Introducción a la primera parte del libro, Bilbao rastrea, en las consecuencias del voluntarismo de la escolástica crítica, el punto de partida teórico de su indagación sobre el hombre «pedazo de la naturaleza»: «la razón no puede remontarse desde los datos de los sentidos, hacia la creencia, que habita en el mundo de lo suprasensible. Las consecuencias de este planteamiento, desarrolladas posteriormente, van a transformar el pensamiento y lo van a hacer básicamente en tres puntos. En primer lugar, diluyendo la noción de ley divina: esta puede existir y se corresponde con la voluntad del ser supremo pero no es en absoluto cognoscible por el hombre. En segundo lugar, el hombre se enfrenta al universo solamente con sus sentidos: el conocimiento sólo es tal en cuanto conocimiento sensible [...] Por último, el hombre emerge solitario frente al universo: él es el punto de partida en la determinación de lo que sea el orden de las cosas, un orden que no se encuentra constituido *a priori* sino que el mismo construye» (p. 23). Y añade:

«Oscurecida la voluntad de Dios, cuestionada la razón como vehículo de tránsito a lo suprasensible, sus sentidos constituyen la única relación con el mundo. El cuerpo aparece como la realidad insoslayable del individuo. La explicación sobre la sociabilidad pasa por considerar la realidad de su cuerpo como el inevitable punto de partida. La reforma protestante, sobre todo en algunas de sus expresiones, como el puritanismo, vendrá a allanar el camino en esta nueva consideración del cuerpo [...] La naturaleza era la corrupta frente a la inalcanzable voluntad de Dios, pero una vez colocada la volun-

tad divina en el reino de lo inalcanzable, la naturaleza humana, buena o mala, se constituía en la única referencia» (pp. 24-25).

El escenario en el que se mueve el hombre «pedazo de la naturaleza» es el sombrío siglo xvii, asolado por guerras de religión en Inglaterra y en el continente. La visión de la quiebra de la sociedad y la disolución en la guerra de todos contra todos no es sólo una ficción teórica. A partir de ahí se pueden trazar dos tipos de soluciones: la hobbesiana, que a través del Leviatán va a garantizar la seguridad, es decir, la implantación de un orden exterior al que el súbdito pliega su conducta; frente a ella, la creencia en un orden providencial que ordena las acciones de los individuos egoístas hacia el bien de la sociedad. Esta última es la línea que arranca de Bernard Mandeville y recorre toda la ilustración escocesa, de Hutcheson a Hume y Smith. Es el planteamiento de las «consecuencias no queridas de la acción» y del «orden espontáneo». En este segundo caso, más que de solución del problema del orden, puede hablarse de mixtificación o escamoteamiento.

Ambas líneas parten de una concepción de la naturaleza humana particular, la que hunde sus raíces en la Reforma, y en particular en el predestinacionismo puritano. Es el hombre como naturaleza caída, herida por el pecado, una criatura menesterosa y con una razón menguada, el que produce lo que Hayek ha denominado «orden espontáneo».

Todo esto es la prehistoria de la sociología, la cual aparece en escena en el siglo xix, junto con la codificación académica de la economía, de la mano de John Stuart Mill.

«El siglo XIX se abre como un abanico —dice Bilbao en apretado resumen—. Marx mostrará que la realidad cristalizada es un producto político. Comte, Bentham, Mill y Spencer dibujarán la sociedad consolidada y, en este contexto, algunos replantearán la redefinición del individuo libre en esa sociedad. Marshall, Jevons y Pareto marcarán la definitiva especialización de la economía, como reflejo de una particular sensibilidad construida. Durkheim dará vida a la sociología interrogadora sobre el hecho social como hecho específico. Por último Simmel y Weber van a representar una línea que concluye, sobre todo en Weber, mostrando que aquello que la sociedad cristalizada produce es producto del poder, apareciendo así la dimensión decisiva en la constitución del orden social» (p. 125). Y añade más adelante: «A lo largo del siglo XIX se perfilan dos tendencias. Por una parte, la subsunción del individuo que pasa a ser concebido como una representación de la objetivación. Por otra parte, la progresiva diferenciación entre la economía y la sociología» (p. 202). Lo que Bilbao va mostrando, a través de un muy pormenorizado análisis de los textos de los clásicos, es la transición de un mundo que pretende explicarse por los individuos, por su naturaleza, a un mundo en el que los agregados sociales, en concreto las clases sociales, van a ser los protagonistas. En el marxismo estructural se llegará al paroxismo de estos planteamientos, en los que el agregado social, la clase, será el sujeto que se mueve de acuerdo a las leyes económicas.

Tanto Marx como Weber ocupan un lugar privilegiado en la narración por su gran potencia explicativa. Frente a lecturas antropomórficas de *El Capital*, Bilbao señala como esta obra «abre

el campo a una problemática cuyos rasgos básicos son: en primer lugar, la puesta en primer término del fetichismo de las relaciones sociales. Cómo éstas, en su representación, aparecen necesariamente como la superficie plana y sin fisuras de las relaciones entre objetos. En segundo lugar, que bajo esta superficie se encierra el proceso de explotación cuyo significado último es el de una sociabilidad diferenciada y en conflicto. En tercer lugar, las leyes de la economía política, son leídas en términos de una suerte de gramática de las relaciones de poder [...] Desde esta perspectiva, el problema del siglo XVIII adquiere una nueva forma: ya no se trata de explicar cómo se construye la sociabilidad sino cómo ésta, basada en la insociabilidad, es posible, y esto constituye el nexo de unión de Marx con el pensamiento anterior» (pp. 129-130).

De Weber, el otro gran pilar de la argumentación, señala: «El análisis de Weber desvincula la naturaleza humana de la organización social. La desvincula en cuanto, como se ha visto, la noción de personalidad está alejada de lo que llama el “subsuelo vegetativo” de la naturaleza. Con ello rompe la relación entre naturaleza humana y organización social basada en el capitalismo, como necesaria conexión» (p. 210).

La contraparte de Weber es el marginalismo, en un momento en el que economía y sociología se han configurado ya como sendas divergentes: «Pero en el significado de la necesidad estriba la diferencia respecto al determinismo metafísico del marginalismo. En este último caso, la necesidad de que se habla es de aquella que pertenece al mundo sensible. En el caso de Weber, esa necesidad pertenece al mundo de

las relaciones lógicas. La primera necesidad, la derivada del mundo sensible, hace de lo que es el reflejo de lo que debe ser. La necesidad del mundo de las relaciones lógicas hace comprensible aquello que es» (p. 212).

Según Bilbao, el planteamiento de Weber permite ver cómo «... la sociedad capitalista, aun no siendo el producto necesario de la naturaleza humana, se impone como destino de la sociedad occidental» (p. 213).

Éstos son sólo algunos de los temas y líneas argumentales que en el libro están planteados, ya que su recorrido llega hasta nuestros días. En los capítulos finales se da cuenta de las reflexiones que los acontecimientos desencadenados por la Revolución Soviética y la irrupción del fascismo van a provocar, constatándose la divergencia de diagnósticos entre las distintas escuelas, y se finaliza haciendo un somero análisis del funcionalismo y la teoría de sistemas.

Más allá de dar cuenta, esquemáticamente, del contenido, es necesario hacer ciertas apreciaciones que orienten a quien desee enfrentarse a su lectura. En primer lugar, el texto plantea una línea de lectura definida a través de las sucesivas respuestas a un problema acotado, por más que sea un problema privilegiado. Se le pueden achacar, por tanto, sesgos a la hora de tratar a los autores, como a la hora de incluir unos u otros, pero hay que tener en cuenta que estamos ante un ensayo, no ante un manual de historia de la sociología.

Otra limitación es la que deriva del tratamiento genético estructural del problema, que aísla las obras filosóficas del contexto sociopolítico en el

que fueron producidas. Pareciera como si los distintos autores, colocados cronológicamente uno detrás de otro, se sucedieran en el tratamiento de los problemas, dialogando entre sí. La realidad histórico-social tiene una dinámica mucho más compleja, en la que juegan muchos más actores que los que recoge una historia de las ideas. No obstante, este tratamiento, que se circunscribe a estilizar determinadas obras teóricas «paradigmáticas», nos empuja a considerar el resultado como un modelo, muy útil cuando se trata de orientarnos en una selva de interpretaciones posibles. A pesar de ello, el libro no está del todo desprovisto de historia, sobre todo en la segunda parte.

Finalmente, y para resumir, este libro trata de la constitución precaria de la sociología y de la constitución exitosa de la economía académica como modelos de explicación de las sociedades modernas, si bien el éxito de la economía se ha logrado en gran medida al precio de trivializar y simplificar sus supuestos. En este aspecto el trabajo es muy clarificador.

Querría a continuación dar algunas claves para entender la propia génesis del libro. Toda la primera parte, que lleva por título «La emergencia del individuo», aparece como un compendio de historia de la filosofía moderna, lo cual, dada la fragmentación de las disciplinas académicas, podría hacer que alguien se preguntara: ¿qué lleva a un sociólogo a enfrentarse a Espinosa o a Shaftesbury?, ¿cómo llegó Andrés Bilbao a verlo necesario para abordar el que él mismo dice que es el objeto del libro, el par individuo-sociedad en la sociología? Ante los dilemas y las mistificaciones con los que las propias ciencias sociales han construido su pasado, Andrés

Bilbao se volvió hacia la filosofía, la tradición común que ha proporcionado el acervo conceptual a las ciencias sociales surgidas en el siglo XIX. De la mano del filósofo Juan Blanco trabajó durante años con estos autores. Pero no sólo los que aparecen en el libro. Fundamentalmente se trata del pensamiento griego, y en particular de Aristóteles, un pensamiento en el que el hombre «sociable por naturaleza» sirve de espejo en el que se proyecta como diferencia el hombre asocial.

Por otro lado, he de decir que, supongo que al igual que le ha de suceder a cualquiera que se enfrente con este libro, hay partes que a mí me parecen más acabadas o sugerentes que otras. En concreto, estoy pensando en el tratamiento de Weber, un abordaje que Andrés Bilbao realizó en permanente diálogo con su amigo Roberto González León, quien escribió un maravilloso texto sobre la ascesis en la obra de Max Weber.

Y también es necesario decir algo al margen de este libro póstumo, sobre todo para quienes *Individuo y orden social* suponga el primer acercamiento a la obra de Andrés Bilbao. Dicha obra, dispersa en artículos y libros escritos a lo largo de muchos años, no es fundamentalmente la de alguien especialista en la teoría sociológica, como este libro induciría a pensar. Andrés fue un investigador de lo social, y en particular de cuestiones de sociología económica, que intentó siempre apresar y codificar lo que aparece bajo los conceptos de mercado de trabajo, clase obrera, economía sumergida, yacimientos de empleo, etc. Confrontándose con las explicaciones de las teorías económicas, la «gramática en la que escribe la sociedad moderna»

puso de manifiesto los problemas y limitaciones de ese discurso y de quienes lo encarnan, para bien o para mal. Producto de ese trabajo, dos libros me parecen especialmente relevantes, *Obreros y Ciudadanos* y *El accidente de trabajo, entre lo negativo y lo irreformable*.

Pues bien, *Individuo y orden social*, escrito y reescrito a lo largo de muchos años, es un intento de arrojar alguna luz sobre problemas que la investigación empírica plantea y que no puede resolver circunscrita en sus propios parámetros.

Esther PASCUAL LÓPEZ

Cas Wouters

Informalization: Manners & Emotions since 1890

(Sage Publications, 2007)

Hágase la prueba. Preguntemos a cualquiera de los que nos rodean por su forma de comportarse; el porqué del saludo, la compostura en la mesa, la vestimenta adecuada o las reglas de conversación. Las respuestas darán cabida a distintos argumentos: se hablará de lo que es o no natural, higiénico y funcional; de lo que es puro sentido común o de lo que es como es al amparar los siglos tal o cual costumbre. Sin embargo, la inmediatez de estos motivos apenas servirá para percibir dimensiones menos visibles: el condicionamiento social del comportamiento, su papel en la pugna por